

Venga Venganza



- *El cielo me espera y Alá es grande* - gritó a voz en cuello. Y dirigiendo hacia su espalda el control remoto, clavó su dedo en un diminuto botón rojo. La mochila que portaba esparció el terror, el tormento, el dolor y la muerte inesperada. Una mochila, que aparentaba inocencia, estaba repleta de intenciones aviesas. Aparentando ser libros y cuadernos para aprender, era un compendio destilado de odios y un resumen innumerable de venganzas.

Setenta mil personas, apretujadas y gritando eufóricos en un monumental estadio de fútbol, de golpe fueron muchos menos. Los que no volaron por el aire, en esas siete explosiones sucesivas, se atropellaban ahora en las salidas, asfixiándose, cayendo los unos sobre los otros. Heridas, desgarros, sangre, confusión, golpes, terror y desesperación. Nadie sabía que hacer... El descomunal atentado, era un éxito de sangre, dolor y fuego. ¿Como entraron las mochilas al estadio...? ¿Como entró el odio en esas mentes...? ¿Qué pasó...? ¿Cuántos muertos hay...? ¿Quiénes fueron...?

Osmar Ben Julián. Y ahora, ya ni siquiera era eso. Ahora se había transformado en un sinfín de preguntas sin respuestas. De los demás terroristas quedó solo la nada y el dolor. Pero de él, encontraron su cabeza. Sus parpados semi ocluidos, tanto parecían querer observar, como no, el desastre que desencadenaron. Su boca, su nariz y sus oídos, derramaron mucha sangre. Pero su cerebro, quedó intacto. Y eso daba miedo, mucho miedo. ¿Acaso sus ideas, sus fanatismos, sus odios aprendidos en las Madrazas... estarían todavía intactos?

En la morgue me quedé mirando esa cabeza. Parecía un rostro cansado, que lamentaba no haber llegado a su destino de polvo disperso y fragmentado, confundido entre los restos de victimas y victimarios. ¿Un hombre transformado en bomba, o una bomba, devenida en hombre? Ya no importaba, pues la bomba explotó y el hombre, dejó de ser un hombre. Odios y explosivos, venganzas y detonadores, fuego y sangre... se mezclaron para matar al ser humano. Y el estadio pletórico en personas, concentrado de latas de sardinas, fue el cultivo perfecto que invitó a la masacre sin retorno.

Estudio genético de su ADN. Medidas antropométricas. Estudio detallado de las piezas dentales. Radiografías. Tomografías. El mundo entero, la policía y los jueces, querían saber hasta los mínimos detalles. O algo. Lo que fuese... Como equipo de médicos forenses, rodeábamos aquella cabeza, contemplándola en silencio. - *¡Habla maldito...!* - le gritó entre sollozos, una médica que había perdido a su primo. Solo le respondió el silencio. El silencio de la inerte cabeza y el silencio de nuestras almas sorprendidas, enfundadas en blancos guardapolvos. En nuestros pensamientos, reverberaba la idea que si esa cabeza, durante los últimos minutos de su vida, nos hubiese mirado, ahora no estaríamos nosotros

mirándola a ella.

Y como siempre sucede en estos casos, nada diferenciaba esa cabeza de las otras. En el concreto cuerpo físico, víctimas y victimarios son demasiado iguales, demasiado. Y como siempre, me quedaba pensando, preguntándome hacia adonde se habrán ido, todos esos odios, venganzas, agresiones y antipatías milenarias.

Y una mujer envuelta en chal, portando enormes ojos negros y a pesar del temor que le inspiraban cientos de policías, en vez de mirar, clavaba dardos penetrantes. La traían para reconocer a la cabeza. Y al verla, ella saltó sorprendida hacia atrás y luego, miró hacia abajo - *Alá es grande...* - pronunció de golpe en voz alta, desafiante. Y se la llevaron. Era la madre, la progenitora de la cabeza, sin dudas.

En la penumbra del dormitorio, esa noche giré mil veces alrededor de mí, antes de dormir. Pesadillas, despertares faltándome el aire, angustias, llantos y miedos... Al final, quería y no quería, que fuese la mañana. ¿Como reaccionaríamos ante la barbarie, como nación y como pueblo? ¿Buscando justicia o reclamando venganza? ¿Prevalecería nuestro antiguo cerebro de reptil o se impondría esa débil gelatina, que llamamos corteza cerebral?

En la mañana obtuve la respuesta. La encontré en mi lugar de trabajo, en la morgue. Me la quedé mirando más allá del tiempo y la distancia. Y viendo a nuestro futuro empezar a mejorar, solo dentro de cinco mil o diez mil años... y nunca antes.

La cabeza yacía abandonada en el piso, sacada ex profeso fuera de la heladera y cubierta por infinidad de escupitajos.

Infinidad de escupitajos, cubrían esa esperanza de un futuro mejor para los hombres... La venganza, esperaba agazapada.

Fin
Fin